

que la caridad les anime; que el zelo de la salvacion del próximo les abraze; que los diferentes miembros que la componen, se enseñen unos á otros á suplicaros, á conoceros y amaros; que la fidelidad y el reconocimiento los reunan en la tierra, y que la felicidad y la gloria los unan eternamente con Vos en la mansion de la patria celestial. Así sea.

## DIA

## DE TODOS LOS SANTOS.

APOCALIPSIS DE SAN JUAN.

cap. 7. v. 2. 12.

Ví otro Angel que subia del nacimiento del Sol, y tenia la señal del Dios vivo: y clamó en alta voz á los quatro Angeles, á quienes era dado poder de dañar á la tierra, y á la mar, diciendo: No hagais mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados, que eran ciento y quarenta y quatro mil señalados, de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados: De la Tribu de Rubén, doce mil señalados: De la tribu de Gad, doce mil señalados: De la Tribu de

Asér, doce mil señalados: De la Tribu de Nephtali, doce mil señalados: De la Tribu de Manassés, doce mil señalados: De la Tribu de Simeón, doce mil señalados: De la Tribu de Leví, doce mil señalados: De la Tribu de Issacár, doce mil señalados: De la Tribu de Zabulón, doce mil señalados: De la Tribu de Joseph, doce mil señalados: Y de la Tribu de Benjamin, doce mil señalados. Después de esto ví una grande muchedumbre, que ninguno podia contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban en pie ante el throno, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos: Y clamaban en voz alta diciendo: La salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el throno, y al Cordero. Y todos los Angeles estaban en pie al rededor del throno, y de los Ancianos, y de los quatro animales: y se dexáron caer ante el throno sobre sus rostros, y adoráron á Dios, diciendo, Amen. La bendicion, y la claridad, y la sa-

biduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen.

## INSTRUCCION.

Qué grande y qué admirable es, hermanos míos, el espectáculo que la Iglesia ofrece á los ojos de nuestra fe en esta importante solemnidad. Aunque por la debilidad y constitucion misma de nuestra naturaleza no podemos conocer, sino por medio de sombras y de enigmas la gloria del Altísimo, y la felicidad de los Santos, sin embargo la imágen que nos dexa entreveer hoy, bastaria para animar nuestra fé y sostener nuestra emulacion, si la considerásemos atentamente. ¿Por qué causa seducidos por las sombras que nos rodean apartaremos los ojos de la realidad que nos espera? ¿Por qué la memoria de nuestra patria no ha de ser siempre la materia de nuestra atencion, de nuestros votos y deseos? ¡O celestial Jerusalem! ¡O Ciudad mater-

nal! ¿Por qué causa no miramos continuamente ácia tí? ¿Ah, quán pocos son los Christianos que se atreven á hacer contra sí mismos la imprecacion que hacia el Profeta, quando trayendo á la memoria sobre el rio de Babilonia la Ciudad de sus padres, pedia que se secase su mano derecha, y se travase su lengua, si olvidaba algun dia una Ciudad, cuya separacion le costaba tantos suspiros y lágrimas! ¿Podré yo, hermanos míos, despertar en vosotros un deseo tan santo, hablaros de la Ciudad de mi Dios, de la paz de que gozan nuestros padres, y del torrente de delicias que debe embriagaros, si caminais por la ruta de los Santos? ¿Quién soy yo para contar las maravillas de una patria, donde á lo mas habito con el deseo? ¡Hablad vos mismo, Espíritu de mi Dios! Pero ya voy, Señor, á meditar los misterios que os dignasteis revelar á uno de vuestros escogidos, así para recompensar su fe, como para ilustrar y animar la nuestra: hermanos míos, no solo os pido una simple atencion, sino el gusto y el amor de las verdades de que nos va hoy á hablar el Evangelista San Juan, este Apóstol, cu-

ya dulzura y caridad le merecieron todo el amor de su Divino Maestro.

Vi un Angel, dice, que subia del nacimiento del sol muy diferente de todos los que se habian presentado á mi vista hasta entónces, que anunciaba la destruccion y la muerte, y que debia derramar el vaso del furor de Dios sobre la tierra y la mar. Este es un Angel de paz, que habla el lenguaje de la paz: escuchémosle pues con un silencio respetuoso y alegre. Y clamó en alta voz, prosigue diciendo, á los quatro Angeles que le habian precedido: no hagais mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Estos son, hermanos míos, los derechos de la virtud, y estas las ventajas que nos procura en la vida presente. Dios conoce los que son suyos, aunque al parecer esten confundidos con los malos. ¿Qué distintos son los juicios de un Dios de los que hacen esos hombres que tanto se precian de la filosofia y la sabiduría del siglo! Un justo, segun ellos, es un hombre sin luces y sin espíritu, que pone su confianza y su felicidad en prácticas vanas, y que

de nada sirve al resto de los hombres. ¡Ah, qué pronto mudarian estos impíos de lenguaje si quisiesen persuadirse que el justo es el mediador entre Dios y ellos para detener el brazo de su venganza! Los pecadores, hermanos míos, deben en cierta manera á los justos el tiempo que Dios les concede para hacer penitencia, y por tanto les conviene respetarlos, reclamar sus oraciones, no inquietarlos en el ejercicio de su obligacion, y no presentar jamas á su vista la seduccion y el crimen. Pero si los justos de la tierra tienen poder para desarmar al Señor, este poder debe tener sus límites, que dependen de su voluntad soberana. Por tanto es indispensable que los Angeles, á quienes es dado el poder de dañar á la tierra y á la mar, esperen hasta que el número de los escogidos esté completo, y señalados los siervos de nuestro Dios en sus frentes. El Espíritu Santo ha querido darnos á conocer por medio de esta señal, que hay caracteres esenciales por los quales se distinguen sus amigos en esta vida misma. Estas señales que distinguen los siervos de Dios del resto de los Christianos son la simplicidad de su vi-

da, la humildad de sus discursos, la dulzura de su carácter y la fidelidad de sus obras. La paz que reyna en su corazon, y que nace de la buena conciencia, hace sus conversaciones amables; y si el comun de los Christianos no tiene ánimo bastante para seguirlos, á lo ménos no puede dexar de estimarlos y respetarlos. Estos son los que el Angel debe discernir, y señalar con el carácter angusto de la Divinidad.

El Profeta, le decia al Señor lleno de reconocimiento: Dios mio, la luz de tu rostro ha sido grabada en nosotros. En estas palabras no hacia sin duda relacion sino al título de nacion escogida, y de pueblo de Dios, que el Señor habia concedido á Israel. Pero cuánto mas vivo hubiera sido su reconocimiento, si por el Sacramento de la adopcion hubieran sido distinguidos como nosotros del resto de las criaturas, llevando sobre su frente la señal de su eleccion. Bienaventurados los que respetan y honran con sus obras el carácter de Christianos: ellos serán del número, por desgracia muy pequeño pero muy precioso, de los siervos, á quienes el Angel va á señalar

para que canten para siempre las alabanzas del Cordero.

El número de los señalados, prosigue el Apóstol, oí que eran ciento y quarenta y quatro mil, señalados de todas las tribus de los hijos de Israel, doce mil de cada tribu en particular. En este lugar habla San Juan del pueblo Judío, y aunque este número de ciento quarenta y quatro mil parezca excesivo, nada es comparándolo con toda una nacion, que por espacio de mas de dos mil años ha sido el objeto de las delicias del Señor. ¿Pero es posible que tantas generaciones como se han sucedido en la Judea solo produzcan un número tan corto de señalados? Si el título de pueblo escogido no le da mas privilegios, ¿sobre qué se fundan nuestras esperanzas? Hermanos míos, no voy á hacer una larga disertacion para ilustrar este pasage; pero diré con los Padres de la Iglesia que no veo en él sino una figura del pequeño número de los elegidos, y la explicacion de estas palabras de Jesu-Christo; á saber, que la puerta es estrecha, y que siempre es corto el número de los que entran por ella. Esta sentencia es capaz

por sí misma de llenarnos de confusion; pero no nos toca sondear los designios de Dios, ni pedirle cuenta de su conducta, ni echarle en cara en alguna manera el rigor de su justicia, y la inutilidad para tantos de la sangre de Jesu-Christo, su Hijo. No son estos los medios para ensanchar el camino que conduce á la vida. Si quereis asegurar vuestra eleccion, debeis tener una humildad profunda, y una desconfianza habitual de vosotros mismos; debeis recurrir continuamente á su misericordia; debeis hacer un estudio no interrumpido de su ley; y observar con toda fidelidad sus mandamientos. Dios quiere siempre nuestra salvacion, mediante que nos da los medios para ella; y así un Christiano que vive de la fe, puede estar cierto de que no será confundida su esperanza, pues que Dios mismo es el que la inspira.

Las doce tribus de Israel no son las únicas que cantan las victorias del Cordero: yo ví despues de esto, prosigue el Apóstol, una grande muchedumbre, que ninguno podia contar de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas que estaban en pie ante el tro-

no. Ved el momento en que se hace la profecía interesante para nosotros. Nuestro Dios se ha hecho llamar el Dios de todos los pueblos, á fin de que no hubiese ni uno solo, que se creyese excluido de su atención y de sus misericordias. El Rey del universo compone su corte de todas las naciones que estan debaxo del sol, y no hay una que levantando sus ojos al cielo, no pueda decir con seguridad: aquella es mi patria, mi heredad y mi reyno. Aun los pueblos que todavía estan sentados á las sombras de la muerte pueden levantar sus ojos ácia el oriente, porque de esta parte ve el Apóstol subir el Angel del Señor que anuncia la paz. Ya pues que el Señor se ha dignado, hermanos míos, ilustrarnos, levantemos tambien al cielo nuestros ojos: penetremos la nube espesa que nos separa de nuestra patria, y consideremos con admiracion y con alegría esa muchedumbre de testigos que en otro tiempo combatian como nosotros, y que ahora son nuestros protectores: vedlos revestidos de las vestiduras que han lavado en la sangre del Cordero, y que por su blancura presentan un

espectáculo brillante y magestuoso. Ellos estan en pie, porque de otra suerte no podrian explicar bastantemente la felicidad de que gozan: ellos no viven en las tinieblas, ni estan agoviados baxo el peso de la iniquidad, ni presos en las cadenas de sataná: ya no tienen que temer las tentaciones de la vida presente, ni serán abatidos por la violencia de los pesares que devora el resto de los hombres: ellos estan en pie delante del Cordero, cuya vista despierta sin cesar el sentimiento de su reconocimiento y de su amor, y con las palmas en sus manos anuncian el triunfo que han logrado. ¿Pero quienes son los habitantes de esta Ciudad venerable? ¿Son acaso del número de esos mártires que han sellado la fe con su sangre? ¿Lo son de los Apóstoles que la extendieron con sus trabajos? ¿Lo son de los Doctores que la han defendido con sus escritos? ¿Son penitentes que han practicado los preceptos de la ley con el mayor rigor? ¿Son Santos que se han santificado por caminos extraordinarios, mas propios para la admiracion que para imitarlos? ¿Por ventura Dios no premia en ellos

sino esas virtudes sobresalientes que suponen un gran mérito, grandes talentos ó gran poder? ¿Quién de nosotros pudiera pretender esta corona, si el Señor la pusiese á tanto precio? Hermanos míos, no pretendo ensanchar el camino que conduce á la vida eterna, diciéndoos para vuestro consuelo, que esta muchedumbre de Santos que nos muestra la Iglesia en esta solemnidad, no se compone exclusivamente de los héroes del Christianismo. Una virtud obscura, pero sólida, unas obras practicadas en el secreto, unas intenciones puras, un corazón recto y sincero, una alma compasiva y sensible, son otros tantos dones de Dios, que distribuye por pura gracia, y que corona por un efecto de su misericordia: este Señor no mide las recompensas por la fama de las acciones, sino por la gloria que le resulta. No hay estado ni condicion en la tierra, que no haya dado grandes Santos. El Ministro se salva quando es un dispensador fiel: el Príncipe quando no abusa de su autoridad, sino que obra conforme á la voluntad suprema: el Juez, quando guarda la justicia en sus sentencias: el esposo, quan-

do honra la santidad de su matrimonio con la pureza de sus costumbres: la esposa, quando por su virtud y su religion es la gloria y el decoro de su casa: el hijo, quando es obediente y dócil: el artesano, quando espia sus pecados con el trabajo: el pobre, quando santifica su estado con la paciencia, y el rico, quando multiplica sus riquezas con la limosna. Estos son Santos ignorados, y tal vez menospreciados y calumniados en la tierra; pero que gozan de felicidades eternas en el cielo. Estos son los que hoy honra la Iglesia, los que propone como objeto de vuestro culto, y los que ofrece para su imitacion. Estos son en fin los que interceden por vosotros. Muchos de estos Santos han poblado las mismas Ciudades, han habitado las mismas casas, han ocupado los mismos puestos, y han practicado las mismas obligaciones que vosotros. Estos son vuestros antepasados, vuestros amigos y parientes: su sangre misma es la que corre por vuestras venas, y algunos han empezado á edificaros en la tierra, ántes de protegeros en el cielo: quizá vosotros habreis sido un medio de santificacion para mu-

chos, ó bien con los socorros que les habreis procurado, ó con las contradicciones que les habreis hecho padecer. Imágenes de la misericordia de Dios en la tierra, lo son tambien de su generosidad en el cielo, y ruegan aun por aquellos que han sido sus mayores enemigos. Su felicidad no es completa, quando estamos en peligro de perderlos, y con los cánticos que cantan á la gloria del Cordero mezclan las mas humildes súplicas, y los votos mas fervorosos para que nosotros participemos de la gloria.

¡Quándo, hermanos míos, podremos juntarnos con estos generosos amigos de Dios! ¡Quándo podremos como ellos estar al rededor del trono y de los ancianos interpolando nuestras voces con los coros de los Espíritus angélicos, que cantan sin cesar, diciendo: Amen. La bendición, y la claridad, y la sabiduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza á nuestro Dios, en los siglos de los siglos! ¡O, cuántos consuelos infundirá en nuestros corazones este cántico! Ellos no se interrumpirán como nuestras canciones terrenas con la memoria de nuestros

pecados, y con el temor del peligro continuo que nos amenaza: nuestros labios no serán desmentidos por el corazón, ni se distraerán nuestros espíritus con imágenes lisongeras y extrañas. Entónces no dexaremos de la boca este Amen que explica con toda propiedad el cumplimiento de nuestros deseos y la posesion de nuestras esperanzas.

Christianos, vosotros que suspirais por esta admirable patria, considerad bien la alegría de que estaba lleno el corazón del Profeta, quando decia: Señor, mi alma está llena de alegría con la feliz noticia que se me dá de parte vuestra: yo debo ir un día á la casa de mi Dios. En vuestro templo encuentro, Señor, una imagen de esta Ciudad santa que me preparais; ¿pero podré contentarme con la figura quando sé por la fe que la realidad tiene tantas dulzuras y encantos? No, yo estaba en una viva impaciencia, y miraba este Santuario como el vestibulo, que debia conducirme á la celestial Jerusalem.

O Jerusalem, mansion de los Santos, Ciudad del gran Rey, yo veo que te elevas al rededor de mí, como una